

---

---

## CAPITULO IV

Juárez perseguido por los santa-annistas.—Su prisión y destierro.—Su vida en el extranjero.—Sus compañeros de ostracismo.—El Plan de Ayutla.—Juárez regresa á la Patria.

Juárez bajó del poder y volvió á la vida privada, no satisfecho por lo que había realizado, sino pensando en cuanto le quedó por realizar.

Pero no fué posible más. Él mismo lo dijo:

«Cuando una sociedad, como la nuestra, ha tenido la desgracia de pasar por una larga serie de años de revueltas intestinas, se ve plagada de vicios, cuyas raíces profundas no pueden extirparse en un sólo día ni con una sola medida. Se necesita de tiempo para preparar los elementos con que se pueden reorganizar los diferentes ramos de la sociedad; se necesita de constancia para no desperdiciar esos elementos, á fin de llevar al cabo la obra comenzada; se necesita de firmeza para ir venciendo las resistencias que naturalmente oponen aquellos que han saboreado los frutos de la licencia y de los abusos; y se necesita de una grande capacidad para elegir y aplicar, con la debida oportunidad, los medios á propósito, que satisfagan las exigencias del cuerpo social sin exasperar sus males.»

Juárez descendió del poder tan pobre como antes, y se dedicó á su profesión de abogado y á desempeñar el cargo de Director del Instituto de Ciencias y Artes, al que tanto cariño profesaba. Pero no por eso dejó de tener fija su mirada en la cosa pública, que se iba complicando de día en día, has-

ta que estalló la funesta revolución conocida por el Plan de Guadalajara.

No supo el país aprovechar las dolorosas lecciones que acababa de recibir, pues aunque es cierto que después de firmada la paz desastrosa que puso término á la guerra con los Estados Unidos, se vió por primera vez en nuestra historia que un Presidente, Don José Joaquín de Herrera, terminó tranquilamente su período legal y transmitió el poder á su sucesor legítimo, conforme á las prescripciones de la ley, esto se debió de seguro á la atonía en que quedó nuestra sociedad después de la terrible catástrofe en la que perdimos la mitad del territorio nacional, á su estado exangüe, y no á la reflexión ni al patriotismo.

Pero inmediatamente después que Don Mariano Arista tomó las riendas del gobierno, volvió artera y mañosa la conspiración, y franca y desatentada la revolución, la que se inició en Guadalajara, triunfó en México en Enero de 1853, y arrojó al patriota Arista al ostracismo, condenándolo á morir en playa extranjera.

Volvió el país á sus errores de lo pasado; triunfó el partido más odioso y más pernicioso, el santa-annista; trajo del extranjero á su pérfido jefe y lo llevó triunfalmente al poder. Entonces atravesó México por el período más negro de su historia, pues la tiranía de Santa-Anna, durante su nueva administración, la que por fortuna debía ser la postrera, fué más terrible que la de Rosas en Buenos Aires. Rosas, siquiera no vendió el territorio nacional, como vendió Santa-Anna la Mesilla, durante ese período.

El tirano llegó á la Capital en Abril de 1853. El déspota tenía buena memoria para el mal el rencor la mantenía.

Santa-Anna no olvidó la conducta observada por Juárez cuando él llegó prófugo á Oaxaca. Además, ya había medido la talla del titán, y por eso lo designó como una de sus primeras víctimas. En efecto, el 25 de Mayo del mismo año, y según lo asienta Don Manuel Martínez Gracida (Efemérides Oaxaqueñas), el Gobernador Martínez Pinillos mandó aprehender al Lic. Benito Juárez, con el Teniente Coronel Santoyo, y habiéndolo encontrado en Etna, lo condujo á Oaxaca, de donde salió el 26 desterrado para Puebla, sin permitirle que

hablara con su familia á su paso por Etna. Según el Sr. Zerezero, el hecho tuvo lugar el 30 de Mayo.

De Puebla fué conducido Juárez á Jalapa, en el Estado de Veracruz. Pocos meses después ordenaron su translación á Huamantla; llegó á Puebla, de paso para dicha ciudad, y al día siguiente, por la noche, el hijo del mismo Santa-Anna (José) lo sacó de una casa, en la que estaba de visita, lo metió en un coche, y sin consentirle recoger su equipaje ni llevar dinero alguno, lo hizo atravesar setenta leguas sin comunicarse con nadie, hasta apearse en el muelle del puerto de Veracruz. Inmediatamente lo embarcó para la fortaleza de San Juan de Ulúa, lo arrojaron en una de esas espantosas ergástulas llamadas *tinajas*, donde permaneció algunos días, hasta la partida del paquete inglés, en el que lo embarcaron, sin pagar previamente su pasaje, sin darle recursos, sin permitirle que se los proporcionase.

Fué un espantoso lujo de crueldad inútil. Santa-Anna ignoraba que á ciertos hombres no se les injuria, no se les maltrata, sino que es preciso atraérselos ó matarlos. Juárez era de los comprendidos en el último término.

Algunos amigos de Juárez reunieron recursos que, aunque escasos, le permitieron llegar á la Habana y pasar de aquel puerto al de Nueva Orleans, en los Estados Unidos.

Juárez conocía la miseria y la cárcel; pero le faltaba conocer el ostracismo, y, lo que es peor, la miseria en el ostracismo. Pero soportó esa prueba como había soportado todas las demás.

En esa época Juárez era ya padre de familia. En el año de 1843 contrajo matrimonio con Doña Margarita Maza, hija del genovés Mazza, á quien me he referido en uno de los capítulos anteriores, mujer cuya abnegación llegó á lo sublime, á quien consagraré un capítulo en este libro, porque la considero como una benemérita de la patria en toda la extensión de la palabra, como la única que puede colocarse al lado de la sublime madre de Jorge Washington, como la dignísima compañera del ilustre patricio, gloria de nuestra patria y asombro de la moderna historia. Al ser desterrado Juárez no dejaba su hogar abandonado, porque allí quedaba su ejemplar esposa cuidando de sus seis hijos.

¿Cómo vivió en Nueva Orleans? Con los pocos recursos que periódicamente le enviaba Doña Margarita, quien empeñó sus bienes patrimoniales, estableció en Etlá una tiendecita de misceláneas que ella misma atendía, y se impuso toda clase de privaciones.

Dice Don Rafael Cabañas (que fué profesor de inglés en la Escuela Superior y Administración, y que era impresor en Nueva Orleans cuando llegó Juárez) que éste, Ocampo, Mata, Montenegro, Zepeda Peraza, José María Maza y otras víctimas de Santa-Anna, habitaban en una humilde casa de pensión. Vivían en la pobreza, y tanto iba ésta en aumento, que Ocampo se metió á alfarero, Maza de sirviente en un restaurant y Juárez hacía cigarros. El Sr. Cabañas, que vivía en la misma pensión, ganaba buen sueldo en la imprenta y daba á menudo la mano á los desterrados. «Jamás, decía el Sr. Cabañas, ví caer el desaliento en el alma de Don Benito; siempre aparecía entero en las mayores dificultades; su semblante era el mismo en todas las circunstancias. Hubo días que los pasaron sin comer. Una vez, entretenidos en pláticas, transcurrieron largas horas, y al darnos cuenta del tiempo é irnos cada uno á nuestro departamento, supe que apenas habían probado bocado en el día. Le dije á Don Benito, llevándole algo:—¿Pero es posible que no hayan comido? Debe haber confianza entre nosotros.—Don Benito se limitó á decirme que «se había retardado el vapor en que debía llegarle carta de su familia.»

Era la respuesta de un espartano.

Esos hombres se olvidaban de ellos mismos para no pensar más que en la patria; no sentían el hambre del cuerpo, sino el hambre del espíritu.

¿Qué pasaba mientras tanto en México?

La nación se preparaba á enseñar al tirano lo que con tanta frecuencia los tiranos olvidan, esto es: que no se engendra el odio impunemente.

La sangre derramada en los patíbulos, los ayes de las víctimas ilustres que perecían en las infectas prisiones, el peculado, la concusión, la prostitución en todos sus grados, los preparativos para constituir una monarquía, ya intentada por Paredes y Arrillaga, y entonces pretendida por Santa-Anna, quien se hacía llamar Alteza Serenísima, acabaron por suble-

var el espíritu de un puñado de patriotas, quienes catequizaron al coronel D. Florencio Villarreal, que tenía resentimientos contra Santa-Anna, y de allí surgió el Plan de Ayutla, proclamando el derrocamiento del tirano, la abolición de la tiranía y la convocación de un Congreso Constituyente.

El Plan de Ayutla fué concebido por Don Ignacio Comonfort, coronel retirado, que residía en Acapulco, de cuya aduana había sido administrador. Concebido su plan revolucionario, pasó á Texca, pueblo del mismo Estado de Guerrero, residencia del antiguo jefe insurgente Don Juan Alvarez, especie de patriarca de aquellas regiones, y allí se lo comunicó, siendo aprobado por Alvarez. Se dirigió en seguida Comonfort á la hacienda de la Providencia, cerca de Ayutla, y conferenció con el general Don Tomás Moreno y los coroneles Don Florencio Villarreal y Diego Alvarez, hijo de Don Juan; allí se redactó el plan que fué entregado á Villarreal para que lo proclamase en Ayutla, y regresó Comonfort á Acapulco.

Fué proclamado el plan el 1° de Febrero de 1854 por Villarreal, á la cabeza de 400 *pintos*, y en 11 de Marzo fué reformado por el mismo Comonfort en Acapulco.

Inmediatamente que llegó á conocimiento de Santa-Anna el pronunciamiento, alistó un ejército numeroso y bien equipado y se dirigió al Sur para ahogar la revolución en su cuna. Pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

En Mayo secundaron el movimiento los coroneles Epitacio Huerta y Manuel García Pueblita en Coeneo. Después se pronunciaron el joven abogado Don Juan José de la Garza, Gobernador de Tamaulipas, Don Santos Degollado y Ghilardi. El joven estudiante Porfirio Diaz abandonó las aulas y se fué á engrosar primero, para dirigir después, una guerrilla que se hallaba en Tlacolula. El general Vidaurri se levantó contra la dictadura de Santa-Anna, en Lampazos, aunque sin aceptar el Plan de Ayutla. El coronel Vega se pronunció en San Luis Potosí; Miguel Negrete en Zamora; Ignacio de la Llave en Orizaba; de modo que la revolución cundió por todo el país en pocos meses.

Comonfort, que había ido á los Estados Unidos para proveerse de armas y pertrechos, desembarcó en Zihuatanejo á principios de Mayo con 300 hombres, estableció su cuartel ge-

neral en Ario, después tomó á Zapotlán el Grande y en seguida ocupó á Colima.

«En este mes (Julio), dice el sabio historiógrafo Dr. Don Agustín Rivera, todos los liberales notables de la República habían abrazado el Plan de Ayutla: Luis de la Rosa, José Fernando Ramírez, Ezequiel Montes, José María Lafragua, Manuel Doblado, Manuel Siliceo, Manuel Payno, Mariano Riva Palacio, Joaquín Angulo y los demás *moderados*, para hacer de dicho Plan un instrumento de su sistema; y Juan Alvarez, Valentín Gómez Farías, Benito Juárez, Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Miguel Lerdo de Tejada, Juan Bautista Morales, Guillermo Prieto, Ignacio Zaragoza, Santos Degollado, Juan Antonio de la Fuente, Ponciano Arriaga, Francisco Zarco, Jesús González Ortega, José María Mata, Ignacio de la Llave y demás *radicales*, para hacer de dicho Plan un instrumento.» (*Anales de la Reforma.*)

Santa-Anna se acobardó (no fué la primera vez) y abandonó la Capital el 9 de Agosto, dirigiéndose al puerto de Veracruz. El día 12 publicó en Perote un manifiesto renunciando la Presidencia de la República, y se embarcó para Turbaco el 18 del propio mes.

El día 13 se pronunciaron el Ayuntamiento y la guarnición de la Capital, proclamando Presidente interino al general Don Rómulo Díaz de la Vega; y el mismo día, y casi á la misma hora, se pronunciaba el general Don Antonio Haro y Tamariz, proclamando Religión y Fueros, en San Luis Potosí, y el general Doblado proclamaba en Guanajuato otro plan, diferente de todos los demás.

Una junta de representantes de la Capital, convocada por Díaz de la Vega, nombró Presidente interino al general Don Martín Carrera.—Entró Comonfort en Guadalajara y expidió una circular declarando al general Don Juan Alvarez Presidente interino (Agosto 22), y el 11 de Septiembre se pronunció la guarnición de la Capital por el Plan de Ayutla, proclamando á Alvarez para la Presidencia interina, de la que encargó provisionalmente á Díaz de la Vega, por no haberla querido aceptar Don Martín Carrera, quien el mismo día se retiró á la vida privada.

Salió Comonfort de Guadalajara el 13 de Septiembre, y el 16

celebró en Lagos una conferencia con Haro y Tamariz y con Doblado, de la que resultó que éstos se adhirieran á Comonfort.

Juárez, apenas recibió los recursos indispensables, salió de Nueva Orleans para Acapulco por la vía de Panamá.

Y aquí se presenta un episodio de la vida de Juárez, insignificante al parecer, pero que da la medida de su modestia y de su patriotismo. Cuando llegó á Acapulco, el cuartel general de Don Juan Alvarez se encontraba en Texca.—Don Diego Alvarez, hijo del caudillo suriano, fué á Acapulco, en comisión del servicio, y se hospedó en casa de Don Mariano Miranda, donde le avisaron que un señor desconocido preguntaba por él. El desconocido era un caballero de exterior humilde, vestido de negro, de modales finos, pero que no revelaba ser el personaje que después apareció. Dijo su nombre, en el que no se fijó Don Diego, le preguntó por el general, y le suplicó lo llevase á su lado, «porque sabiendo que aquí se peleaba por la libertad, había venido á ver en qué podía ser útil; estas fueron sus palabras textuales.»

Don Diego condujo al desconocido al campamento, sufriendo en el camino las consecuencias de una espantosa tormenta.

«Ocioso es decir que estando nosotros desprovistos de ropa para el recién llegado, no sabíamos qué hacer para remediar la ingente necesidad que sobre él pesaba: hubo de usar, pues, el vestuario de nuestros pobres soldados, esto es, algún calzón y algodón de manta, agregando un cobertor de la cama del señor mi padre y su refacción de botines, con lo que, y una cajilla de buenos cigarros, se entonó admirablemente. Por lo demás, el señor mi padre, que tuvo gusto en recibir á un colaborador espontáneo en la lucha comenzada contra el Dictador Santa-Anna, estaba en la misma perplejidad que yo, y al ofrecerse él á escribir en la Secretaría, repitiendo que «había venido á ver en qué podía ayudar aquí, donde se peleaba por la libertad,» se le encomendaban cartas de poca importancia, que contestaba, y con la mayor modestia las presentaba á la firma.—Pasados algunos días, llegó un extraordinario de México, participando el movimiento de aquella Capital, y como el primer pliego del paquete viniese rotulado «Al Sr. Lic. Don Benito Juárez,» se lo presenté diciéndole: «Aquí hay un pliego rotulado con el nombre de Ud; ¿pues

qué es Ud. licenciado?»—Me respondió afirmativamente, y entonces le dije:—¿Con que es Ud. el que fué Gobernador de Oaxaca?—«Sí, señor, me contestó.»—Y sofocado yo de vergüenza, repuse:—«¿Por qué no me había Ud. dicho esto?»—«¡Para qué! repuso; ¿qué tiene ello de particular?» (*Apuntes relativos al arribo del Sr. Lic. Don Benito Juárez en 1855 al Estado de Guerrero.—Manuscrito del general Don Diego Alvarez, en poder de Don Benito Juárez, hijo.*)

Aquí vemos no sólo al hombre modesto, sino también al hombre de disciplina, que sabe mandar cuando le toca el mando, y sabe obedecer cuando es subalterno; y, sobre todo, vemos al patriota dispuesto á prestar sus servicios en el rango en que pueden ser utilizados, aunque sea como último escribiente.

Y así pensó siempre. Yo recuerdo haberle oído decir, cuando estaba en el pináculo de la gloria, que todo ciudadano estaba obligado á servir á la patria en el puesto que le fuese designado; y que, cuando él dejase de ser Presidente, si se le necesitaba en un puesto humilde, aunque fuese el de portero de un Ministerio, allí iría á prestar sus servicios.

Juárez quedó al frente de la Secretaría de Don Juan Alvarez: con ese carácter llegó á Cuernavaca.

También recuerdo haber oído contar al Sr. Lic. Don Ignacio Mariscal los episodios de aquella entrada triunfal de los *pintos* surianos en Cuernavaca. El Sr. Mariscal había ido allí para unirse á Juárez. Salió al camino, y preguntaba á los jefes de los batallones por el Lic. Don Benito Juárez, y todos le contestaban que no le conocían. Así fué hasta la extrema retaguardia, y allí, detrás de la impedimenta, solo, sereno, tranquilo, montado en un mal caballo, encontró á su conterráneo, con su aspecto humilde, tan humilde, que no había llamado la atención de ninguno de los jefes y oficiales que venían á tocar con el mango de su machete á las puertas de la Capital, que ya se preparaba á despojar de su ramaje mustio y de sus flores secas los arcos triunfales levantados en honor de Santa-Anna, poco antes, para empavesarlos en honor del hijo de Atoyac, del que sentó plaza de soldado raso en las filas de Morelos, y que, entre sus *crapulientos*, como los llamaba el crapuloso Santa-Anna, traía las esperanzas de la Patria en el corazón del sublime indígena de Guelatao.

## CAPITULO V

Alvarez, Presidente interino.—Su Gabinete.—Juárez, Ministro.—Entrada á la Capital.—La «Ley Juárez».—Comonfort, Presidente substituto.—Sale Juárez del Ministerio.—Juárez, Gobernador de Oaxaca.

El 4 de Octubre de 1855 se reunió en Cuernavaca una Junta de Representantes, la que nombró al general Don Juan Alvarez Presidente interino de la República. Tomó posesión del cargo el caudillo suriano el mismo día y procedió en el acto á organizar su Gabinete, el que quedó constituido de la siguiente manera:

Ministro de Relaciones: Melchor Ocampo.

Ministro de Justicia, Negocios eclesiásticos é Instrucción pública: Benito Juárez.

Ministro de Gobernación: J. Miguel Arriola.

Ministro de Hacienda: Guillermo Prieto.

Ministro de Fomento: Ponciano Arriaga.

Ministro de Guerra: Ignacio Comonfort.

Organizado el Gobierno, se dirigió Alvarez á la Capital.

Desde que Juárez se hizo cargo de la cartera, resolvió destruir la prepotencia del clero y del militarismo, por medio de una ley que les arrancase sus fueros, aprovechando las circunstancias, que le parecieron de las más propicias, puesto que la revolución había tomado un carácter francamente reformista.

No se le ocultaba, no podía ocultársele que ese paso era